

## La Europa actual

### IMPRESIONES Y REFLEXIONES

Capítulo de un libro que, con el título *Viajando*, publicará próximamente el Ingeniero don Santiago Marín Vicuña.

**A**nuestro arribo a esta capital, después de la interesante jira turística que acabamos de realizar a través de las más importantes naciones de La Europa, algunos amigos y periodistas han tenido ha bien formularnos preguntas sobre diversos tópicos relacionados con la estabilidad social, política y económica del viejo mundo, aún no repuesto de los estragos de la gran guerra. Para satisfacer tales consultas hemos redactado este artículo en el cual, sin pretensiones de decirlo todo y como juicio meramente *personal*, pasamos a exponer algunas impresiones y reflexiones que esperamos sean leídas y apreciadas con la sinceridad en que han sido escritas.

Seguiremos para ello el propio itinerario de nuestro viaje y limitándonos a estampar sumariamente sólo lo más digno de considerar.

• • •

La primera nación que nos fué dado visitar en La Europa fué *Italia*, en la cual pasamos cinco semanas de inolvidable recorrido, admirando sus más hermosas y florecientes ciudades, desde Génova hasta Nápoles, (vía Milán, Venecia, Florencia, Perugia, Asís y Roma), y circunstancialmente estudiando la

eficacia de la acción depurativa y constructiva del tan discutido gobierno del señor Mussolini.

Muchos recordarán el pasado reciente de esta nación, que unida a Alemania y al Austria por un tratado solemne, de defensa y ataque, tan pronto como estallara la gran conflagración de 1914, comprendiendo que su situación geográfica y mediterránea, la convertiría a corto plazo, en una deplorable y segura víctima del poderío de la escuadra inglesa, resolvió primeramente mantenerse neutral y sabiamente presionada después, hacer nada menos que causa común con los propios enemigos de sus ex aliados...

Terminada y liquidada la guerra, Italia obtuvo las compensaciones territoriales solicitadas y su pabellón pasó a flamear como dueño y señor en las costas del Adriático; pero cuando empezaba a saborear sus éxitos, fué de súbito presa, en su régimen interno, de las intemperancias anárquicas de un partido político que adueñándose en forma violenta del poder, la tuvo al borde de un precipicio muy hondo y muy pavoroso.

Efectivamente, el comunismo-soviético, que hoy tiene agónico al gran Imperio ruso, se enseñoreó en la Italia en tal forma y con tanta intemperancia, que antes de un lustro de dominio, desorganizó las industrias, destruyó la movilización y todo lo maleó, llegándose así a producirse en el reino, un caos tan espantoso y tan desconcertante que sólo logró salvarse gracias a la acción oportuna y decidida de un hombre, Mussolini, que conociendo, como antiguo militante, muy de cerca las modalidades y doctrinas disolventes de ese partido, organizó con elementos *civiles y apropiados* una expedición salvadora, que al penetrar victoriosamente en Roma, logró imponer a la Corona amedrentada y a los políticos corrompidos y a la propia chuzma ensoberbecida, su mandato imperativo y su voluntad de hierro, inquebrantable, para convertirse desde entonces en *Capo del Gobierno*.

A grandes males, grandes remedios.

Fué entonces, como lo decíamos, cuando Mussolini aniquiló a golpes despiadados el comunismo, declarando, al iniciar su

prolífico Gobierno, que adoptaría como divisa propia, las relevantes declaraciones revolucionarias francesas de 1789, sólo que trocaría *la igualdad*, por la jerarquía; la *libertad*, por la disciplina y la *fraternidad*, por el nacionalismo.

Si las teorías se juzgan por los éxitos, hay que convenir, después de cinco años de experiencia, que este ilustre mandatario no sólo supo obrar en momentos muy oportunos, cuando se iniciaba la *agonía* de su patria, sino también con extraordinario talento y energías constructivas, porque la Italia de hoy se parece poco a la Italia de Nitti. Todas las impresiones recogidas nos permiten pues decir que el indiscutible resurgimiento de la nacionalidad italiana se viene victoriosamente laborando a la sombra de la tranquilidad y del trabajo, que ha logrado imponer el *facismo*, la doctrina y el imperio de Mussolini.

Por lo demás, justo es decir, que el señor Mussolini, después de dolosos actos de violencia, que juzgó indispensable realizar, ha contado y sigue contando con la aceptación pasiva del pueblo y la cooperación inteligente de sus Ministros, que él supo *elegir* y *selectar* entre sus más preparados y fervientes partidarios. De ahí que en Italia se queme hoy tanto incienso al *facismo* y a su ilustre jefe y fundador y en ello habrá de perpetuarse hasta que el poderío, en su común y humana degeneración, no engendre, como suele acontecer, las advitrariedades y el despotismo.

Estos temores por lo demás, son hijos de las enseñanzas de la historia, ya que no debe nunca olvidarse que en la antigua Roma, el Senado dispuso que los vencedores fueran siempre acompañados por esclavos que cuidaran de decirles al oído:

—Acuérdate que eres hombre.....

Las adulaciones suelen malear los criterios. De ahí que siempre sea útil que los dioses bajen a la tierra.

Cuentan que en cierta ocasión en el palacio de Versalles, uno de los grandes aduladores de Luis XIV, el dramaturgo Moliere, dijo al célebre Monarca:

—Los reyes ilustrados como vos, tienen, como el mismo Dios, la visión sagrada de las necesidades.



Presente ahí el renombrado abate Bosuet y juzgando quizás sacrílegas estas expresiones, hijas del servilismo a los magnates, no pudo reprimir su indignación de católico ferviente y exclamó en alta voz, ante los cortesanos y ante el propio Rey, para que todos lo oyeran:

—Oh Dioses de carne y de sangre! Oh Dioses de barro y de polvo! Vosotros moriréis, como los demás hombres. Vemos aquí, agregó, mucha ostentación, muchos doceles, muchas columnas e infinitas manifestaciones de grandeza; pero quienes se adornan con tanto esplendor, no son Dioses, no son imágenes vivas de la divinidad. Son meros ídolos mudos, que aspiran el olor del incienso; pero que se manifiestan incapaces de labrar la felicidad de los hombres.

• • •

Entramos después a *Suiza*, país legendario y pintoresco que recorrimos desde Ginebra, por el sur, hasta Zurich, por el norte, admirando sus paisajes maravillosos y el abnegado trabajar de sus hijos.

Esta nación, como se sabe, se mantuvo neutral en la pasada guerra; pero para hacer respetar tan preciosa prerrogativa hubo de gastar tanto esfuerzo y tanto dinero, que sus finanzas se resintieron profundamente, por lo cual su población, que se caracteriza por un espíritu de orden ancestral y de abnegada contracción, se le vea todavía triste y penosamente subyugada, ante la pesadumbre de grandes y aplastantes contribuciones.

—No es verdad que contrista el alma el ver una colectividad tranquila y trabajadora, condenada por años y lustros de años, a la dura y pesada tarea del trabajo sin divisar por de pronto, otra compensación que satisfacer en dinero y en sudores lo que el Estado requiere para la satisfacción de sus compromisos y obligaciones?



• • •

Una impresión similar nos dejó la visita a *Bélgica* sólo que ahí se observaba mayor fatiga y mayores decepciones y hasta si se quiere una voluntad más deprimida para reconstruir el poder industrial de antes, por el temor, quizás fundado, que un nuevo vendaval venga a hechar por tierra lo edificado a costa de tantos sacrificios personales y colectivos.

Sabido es que desde las guerras napoleónicas y quizás desde época más lejana, la *Bélgica* parece condenada a ser el campo de batalla de la Europa.

• • •

La situación actual de la *Francia* también es de serias inquietudes, porque a pesar de haber mediana y penosamente resuelto su problema financiero, valorando y estabilizando el franco, tiene en su interno, con el comunismo, una granada traidora, que cualquier día puede explotar. Hace poco, con motivo de la electrocución en los Estados Unidos de los anarquistas Sacco y Vanzetti, se formaron a nuestra presencia, en los más populares boulevares de París, asonadas y barricadas tales, que la policía sólo logró barrer a costa de muy duros sacrificios, lo que hace presumir y temer que en la campaña electoral del próximo año, donde habrá de librarse la batalla definitiva entre los elementos avanzados de los partidos extremos y los que prohijan el orden, se puedan producir dolorosas sorpresas, dado el carácter levantizco e impulsivo de su pueblo.

Como se recordará además, la *Francia* pasó, año y medio atrás, por una crisis política-económica de suma gravedad, en que la libra esterlina llegó a cotizarse en 250 francos y en que los Ministerios, por prestigiosos que fueran, caían y caían, derribados al embate de las pasiones de los hombres y de la acción corrosiva de un parlamentarismo sin control, hasta que el peligro común *impuso* el estado de tregua actual, encabezado

por Poincaré; pero para ello ha sido necesario que los partidos abdicaran de sus programas y todavía que se resolvieran a dotar al primer Ministro de facultades extraordinarias, tan dictatoriales como las que actualmente ejercitan Mussolini en Italia y Primo de Rivera en España.

Para evidenciar lo anterior nos bastará decir que a lo menos mantiene hoy diez diputados en la cárcel, por sedicentes delitos de lesa patria, o citar el lenguaje imperativo de sus discursos, que no son de petición, sino de mando imperativo.

Días antes de salir de París, por ejemplo, se inició en el Palacio de Borbón la discusión de los Presupuestos Nacionales para 1928 y al dar lectura el Secretario del Informe de Comisión y a algunas modificaciones propuestas por algunos de sus miembros, el Premier se limitó a *vetarlas*, imperativa y lacónicamente, diciendo:

—No *permitiré* que se haga reducción alguna en los impuestos, ni aumento alguno en los gastos. El Presupuesto *debe* ser aprobado sin dilación por el Congreso, *tal como ha sido enviado* por el Gobierno. Esta es mi única y última disposición. Dicho lo cual abandonó la sala...

El inveterado poder parlamentario de la Francia es hoy pues un mito, una sombra que tiende más y más a esfumarse, todo lo cual se hace con la complicidad patriótica de la prensa y de la opinión pública; pero la ebullición subterránea de los partidos extremos vive latente. De ahí los sobresaltos y temores a que hemos aludido, ante las posibles y previstas sorpresas en la elección general próxima.

Sin embargo la masa general tiene fe en el porvenir interno o si se quiere en que los jefes políticos de los partidos responsables, los señores Herriot, Marín, Serraut y Tardié, obligados por el peso de la opinión consciente y los temores de mayores descalabros, sigan colaborando al lado de Poincaré y de Briand, apóstoles abnegados de la estabilidad interna y de la paz externa de la legendaria Francia, faro secular de la humanidad pensante.



• • •

Pasamos después a la *Alemania*, donde nos fué grato admirar el espíritu tradicional de orden y de respeto que caracteriza a esa nación.

No parecía la vencida de 1918.

Se observaba en ella un deseo vehemente y perfectamente explicable de que los aliados retiren cuanto antes las fuerzas militares que a título de resguardo de los tratados, aún mantienen en la región reheniana; como así mismo de zafarse en cualquier forma y en el más breve plazo, del pesado tributo establecido por el Plan Dawes para la liquidación de la Gran Guerra, que hasta ahora ha satisfecho con honrada exactitud. Por lo demás, la política interna y externa que desarrollan el Presidente Hindenburg y su primer Ministro Stresemann parece inspirar confianza a todos y contribuir eficazmente al resurgimiento gradual y efectivo de la aniquilada Europa.

La impresión optimista sobre el futuro de esta gran nación que acabamos de estampar y que ya antes, en el capítulo titulado *En tierra alemana*, habíamos también expresado con mayores fundamentos, es algo que fluye natural y lógicamente cuando se la visita sin prevenciones en su contra, y tanto es así, que hasta escritores de nombradía en materias internacionales, que hasta ayer militaron en filas enemigas, como ser el eminente filósofo italiano Guillermo Ferrero, no han trepidado en emitir conceptos tan nítidos como el siguiente:

«La derrota de 1918, ha dicho este distinguido escritor, ha sido fatal para los Hohenzollerns, para las otras dinastías alemanas, para la oligarquía militar que gobernaba a Alemania y para el sistema de Bismark, como la derrota de 1870 fué fatal en Francia a la dinastía de los Napoleones; pero si ha causado sufrimientos al pueblo alemán, no ha destruído su vigor, ni su posibilidad, como la derrota de 1870 hizo sufrir a Francia sin aniquilarla. La po-



tencia de Alemania no es ni un privilegio concedido por Dios a un pueblo elegido, como dicen ciertos admiradores, ni una tenebrosa obra del Diablo, como pretenden ciertos enemigos. Es un fruto maduro por el tiempo en el árbol de la historia. Ha sido pues una ilusión creer que se le ha podido hacer caer sacudiendo el tronco en su base, como esperaban muchos enemigos de Alemania. Sólo el tiempo que está madurándole, tendrá la fuerza para desprenderle cuando su hora haya llegado.

«Alemania, agrega más adelante, no murió en 1918 y no está a punto de resucitar hoy o mañana en la Sociedad de las Naciones; ha *continuado* viviendo desde el fin de la guerra hasta ahora su vida multiforme y poderosa, resultado de su fuerte complexión, formada a través de tantos siglos de historia. A pesar de la guerra y de la derrota, sigue siendo la nación *más poderosa* de la Europa. Es menos rica, pero es más numerosa, más instruída, más laboriosa, que Inglaterra; es menos fina que Francia, pero es también más numerosa e igualmente instruída que ella. Si su potencia militar ha sido destruída, la de sus rivales y vencedores se tambalea también».

Vemos pues que una pluma hasta hace poco *combatiente*, confirma lo que ahora cifra aun otra *neutral*.

• • •

Pero este relativo bienestar de la Alemania, ya que es bastante duro y penoso el mucho producir y mucho trabajar sólo para satisfacer deudas del pasado, se rompe súbitamente al seguir hacia el sur, al entrar a *Cheko-Slovaquia*, a *Austria* y a *Yugo-Slavia*; naciones surgidas de improviso, para complacer el espíritu visionario del Presidente Wilson, y en las cuales se nota una pobreza lamentable y en donde reina un comunismo difícil de contrarrestar.

En una de ellas, en Austria, inveterado asiento antiguamente del poderío incontrarrestable de los Hapsburgos, impera hoy un

sovietismo que apena el alma y que tuvo en los propios momentos de nuestra visita un estallido formidable, feroz, que sólo pudo ser reprimido a costa de mucha sangre. El pueblo inconsciente de Viena, con la complicidad pasiva de su policía comunal, saqueó durante tres bochornosos días una parte de la gran ciudad e incendió uno de los más ornamentales edificios de la capital, el Palacio de la Justicia, por el único delito de albergar jueces dignos, que habían dado pruebas de estar dispuestos a castigar como se lo merecen, a los criminales de lesa-patria y a los atentadores de lesa-humanidad.

En esos días rojos, de tétrico recuerdo, la sombra pavorosa de Lenin se paseó impune por el Palacio de Schoenbrun y por los antiguos y señoriales dominios de María Teresa y Francisco José.

—No serán estos fermentos una consecuencia de la dispersión y fraccionamiento del antiguo y extenso Imperio Austro-Húngaro?

Para que se aprecie en mejor forma la cruel y funesta desmembración de este imperio, bastará recordar que él abarcaba desde Alemania y Rusia por el *Norte*, hasta Italia y el Adriático por el *Sur*, y desde Rumania y Bulgaria (por el *Oriente*, hasta Suiza por el *Poniente*; como asimismo, que al disgregarse siguiendo la doctrina de Wilson, perdió casi el total de su territorio y población, que pasaron a formar parte o a dar vida a otras naciones.

Al *norte* se formó la República Tcheco-Slovaca; al *sur* Italia extendió su soberanía sobre Trieste y el Trentino y con Servia, Montenegro y algunas regiones del sur, se formó el reino Servio-Croata-Sloveno.

Además, Hungría también se separó del Imperio Central, que quedó así apenas reducido a la capital, Viena, y a algunas comarcas vecinas, formando en su total un territorio de 83,000 Kms. cuadrados de superficie, con una población de seis y medio millones de habitantes.

Menos de lo que actualmente tiene en superficie nuestra provincia de Llanquihue!...

Esta situación de desmedrada pobreza y de difícil o imposible

resurgimiento, ha hecho surgir en Austria una corriente cada día más poderosa y decidida: la anexión simple y llana a la Alemania. Como es fácil comprenderlo, el *auschluss*, que tal es el nombre de tan curiosa aspiración regional, es francamente resistida en Londres y París, y subterráneamente estimulada desde Berlín; pero no nos extrañaría que andando el tiempo y contagiando a los vecinos, llegara a transformarse en un verdadero y amenazante pan-germanismo, capaz de provocar una nueva conflagración mundial, más terrible aún que la de 1914.

Siempre será difícil y peligroso ponerle compuertas al mar.

• • •

Para completar nuestras impresiones sobre el viejo mundo, quisimos también asomarnos a la *Inglaterra*, pasando diez días inolvidables en Londres, la ciudad más señorial y hermosa, a nuestro juicio, de toda la Europa, lo que nos permitió admirar parques, jardines y museos sencillamente maravillosos.

Dicen que la situación financiera de la Inglaterra es difícil, tanto por la crisis carbonera que la aqueja desde hace tiempo, como por el espíritu creciente de autonomía de sus Colonias; pero, a pesar de ello el Imperio Británico se perpetúa en su política de legendaria seriedad y rectitud, y tanto es así que ésta fué la primera de las naciones que pudo arreglar con los Estados Unidos su deuda de guerra, lo que aun no consigue realizar la Francia.

En todo caso, la crisis industrial inglesa, que se traduce en una población desocupada, en un *chomage*, de más de un millón y medio de obreros, constituye una amenaza muy grave y permanente, que ni la acción mancomunada del Gobierno y de las *Trade-Union* han logrado aún conjurar.

A pesar de esto, se puede aún decir con propiedad, que así como los Estados Unidos son hoy, *financieramente* considerados, los amos del mundo, la Inglaterra, *políticamente* hablando, *manda* todavía en Europa, ya que es incuestionable que lo que



*dispose* Chamberlaine en Londres, es *acatado* sin dilación por Briand en París y por Stresemann en Berlín.

Aun no se ha esfumado del todo, pues, en el orgulloso Imperio Británico, la sombra imperativa de aquel poderoso Ministro Pitt, que en el pináculo de su poderío y en la ceguera de sus arbitrariedades, dijera en cierta ocasión, en pleno parlamento de su país:

—Si la América se atreviera algún día a fabricar *un clavo* de herradura, le haría inmediatamente sentir *todo el peso* de los cañones de la escuadra de la Inglaterra.

¡Cómo han cambiado los tiempos!...

• • •

Antes de terminar este cuadro de *impresiones* podríamos también referirnos a la *Rusia*, que agoniza política y económicamente al imperio de un régimen de gobierno tan odioso como imposible, como asimismo a la *España*, que dentro del dictatorialismo del general Primo de Rivera, se dispone ahora a volver al sistema institucional del pasado, y aun a otras potencias de menor cuantía, como Polonia, Grecia, etc., que se desenvuelven penosa y autocráticamente dentro de una anarquía lamentable; pero esto nos conduciría a referirnos a algo que no hemos presenciado u observado personalmente. En todo caso, el análisis hecho y la lectura de los acontecimientos de todo orden que la prensa a diario comenta, nos permiten decir, sin temor de equivocaciones, que la antigua Europa, modelo otrora de cultura y bienestar, pasa hoy por un período de inquietudes político-sociales muy poco envidiables y que, grueso modo, semeja a un convaleciente de enfermedad larga y grave, que requiere para su reposición mucha dieta y mucho sol.

De ahí que cualquiera incidencia, chica o grande, en su marcha actual pueda romper el equilibrio que todos se esfuerzan en conservar y hasta provocar, sea una conmoción interna o una conflagración internacional, que tendría consecuencias terribles y decisivas en sus destinos.

Esto lo comprenden perfectamente los hombres que gobiernan y los que dirigen la prensa responsable, lo que explica y justifica la prudencia de los primeros y el ambiente mesurado de la segunda, ante el común convencimiento de que para vivir se requiere contemporizar.

• • •

Para mantener y robustecer este equilibrio el espíritu previsor e idealista del Presidente Wilson, propuso o impuso la creación de un organismo regulador, la *Sociedad de las Naciones*, encargado de limar las asperezas y soldar las rasgaduras que se presentaren; pero hay que convenir, con la experiencia de los años, que, a pesar de que el oficialismo se esfuerza en prestigiar esa institución, su inveterada *ineficacia* tiende, cada día más y más, a *restarle* influencias y estimarla como un mero *camouflage* político internacional.

En igual forma fracasó Bolívar en Panamá cuando, siglo y medio atrás, trató de apaciguar las naciones sud-americanas recién independizadas del dominio y absolutismo español, y vienen asimismo fracasando, a mi juicio, las *Conferencias Pan-Americanas*, iniciadas en Wáshington en 1890, donde el predominio político-económico de los Estados Unidos ha sido y seguirá siendo aplastante e incontrarrestable.

Efectivamente, y aunque la prensa trate de disimularlo y los hombres públicos de paliarlo, lo único real y verdadero que hoy se advierte es que en Europa se estima que la Sociedad de las Naciones, al no resolver nada y al aplazarlo todo, ha perdido su inicial prestigio y, por consiguiente, su anhelada eficacia, considerándosela como una mera tribuna, donde altas y prestigiosas personalidades mundiales van, sin sentirlos, a pronunciar pomposos discursos y a enunciar trascendentales teoremas que, al aceptárselos, serían quizás los primeros en burlar, ya que siempre han imperado en sus deliberaciones el egoísmo y las conveniencias de los *grandes*, ante el sacrificio irrevocable de los *chicos*, al tenor de una psicología internacional tan antigua



como el mundo y, por consiguiente, muy difícil, si no imposible de variar.

Se ha proyectado el *desarme* y la Inglaterra se ha opuesto, por estimarlo contrario a su inveterada preponderancia naval.

Se ha insinuado el *arbitraje obligatorio* y la Francia e Inglaterra mancomunadas no han tardado en manifestar que aquello no pasa de ser una bella utopía, que pugna con la autonomía de las Naciones.

Alemania quiso ampliar el espíritu de Locarno y hubo de desistir por falta de ambiente en la Asamblea.

Las pequeñas Potencias han solicitado garantías para sus actuales deslindes territoriales, y los grandes Estados no han tardado en manifestar que, al no haber amenazas al presente, toda resolución previa al respecto sería incongruente.

Para qué seguir, cuando hay la certidumbre no confesada, pero real, que los poderosos hacen y harán siempre lo que más les convenga, o, si se quiere, que es peligroso cerrar puertas que en un futuro puede que haya necesidad de abrir...

—Habría podido la Italia de Mazzini y de Cavour realizar en 1870 su anhelada unión, respetando las fronteras y derechos pontificios de entonces?

Evidentemente que no, y quizás ante ese recuerdo la prensa de Roma se mostró cruelmente sincera al comentar no ha mucho las proposiciones de desarme, arbitraje y seguridades a que hemos hecho referencia, diciendo con rara y cruda franqueza:

«La Italia no puede, ni debe aceptar ningún protocolo de paz forzada, ya que es antipatriótico y antihumano detener la solución de los Estados, creando la inmovilidad eterna y absoluta de las fronteras y aprisionar así el dinamismo de los pueblos jóvenes, que constituye la mejor garantía para la vida y progreso del mundo. La Italia no puede admitir que las actuales condiciones mundiales de las diversas naciones, queden indefinidamente invariables, porque su interés y su ética superior de Estado que aspira a crecer,



le obliga a asumir una actitud de oposición resuelta a todo aquello que constituya un insulto a la historia y al interés movedido de la humanidad».

Y lo propio, aunque en términos menos contundentes y francos, ha dicho la prensa de Londres, París y Berlín, confirmando así el aforismo de que los pueblos de mentalidad e intereses *diferentes* es muy difícil que se asocien en un bien de *interés común*.

Hace años, gobernando la Inglaterra en su calidad de primer Ministro Mr. Mac-Donald, reconocido y prestigioso jefe del partido laborista, provocó en Londres una Conferencia Internacional muy bullada para asestar, en conformidad a su avanzado socialismo, un golpe de muerte a la guerra e imponer el arbitraje como solución única y obligatoria de todas las contiendas y, aunque parezca un sarcasmo, a su término, a raíz de la sesión de clausura, los Delegados fueron invitados ceremoniosamente a presenciar las evoluciones de cien *dreadnoughs*, formidablemente armados, que parecían decir:

—Os ofrezco la paz siempre que vuestras Naciones se resuelvan a acatar las disposiciones de Inglaterra. De lo contrario, ahí tenéis mil cañones que os hará reflexionar...

En tal forma terminan, por lo general, casi todas las Conferencias por la paz del mundo, lo que hasta los propios pacifistas a *outrance* no temen confesar. A este respecto se suele citar por su laconismo intencionado, un telegrama enviado por el prestigioso Ministro Briand a su amigo Le Bon, tan escéptico en materia de buenas soluciones, desde la propia sala de Locarno, al firmar con la Alemania el famoso tratado de ese nombre y que a la letra decía:

*«En fin le destin favorice quelque fois les fous».*

Y, cosa curiosa, a pesar de tan sonada excepción, el gran psicólogo que acabamos de citar sigue aun perseverando en su inveterado pesimismo, como lo atestigua la publicación de su reciente y sensacional libro *L'evolution actuelle du Monde*, en el cual, con nuevos argumentos y mayores razonamientos, llega a la

conclusión de que la humanidad continúa viviendo un período de tantas contradicciones, de tantas *antinomias*, como él las denomina, que se hace muy difícil, sino imposible, formular vaticinios ciertos e inamovibles sobre los destinos de las Naciones.

«La evolución actual del mundo, dice, ha *creado* entre las Naciones una inter-dependencia económica tal, que ninguna podría subsistir sin el concurso de las otras; pero al mismo tiempo que la comunidad de intereses *aproxima* a los hombres, la discrepancia de sus sentimientos ancestrales los *separa*, pues hay que convenir que jamás los odios internacionales han sido más intensos que al presente».

«Es verdad que las antiguas monarquías, agrega, han sido reemplazadas por gobiernos democráticos; pero hay que convenir también que a medida que ha *crecido* el poder de los Parlamentos, ha ido en *aumento* la impotencia de éstos para gobernar, por lo cual se ha visto la necesidad de reemplazarlos, sea por Dictadores, como en Italia y España, o meramente por Ministros omnipotentes, munidos de poderes prácticamente dictatoriales, como en Francia».

De ahí que los pueblos modernos, al tenor de las observaciones de Mr. Le Bon, parecen condenados hoy a *soportar* gobiernos parlamentarios impotentes y en más de una ocasión subversivos, o a *aceptar* dictaduras que, a pesar de sus defectos, se están manifestando más eficientes que los primeros. Y en este real dilema habrá de perpetuarse la Europa, por no decir la humanidad, hasta que las dictaduras se tornen en imposibles o las multitudes, olvidando quimeras y utopías irrealizables, se resuelvan a *prestigiar* los parlamentos, llevando a ellos, no demagogos que les mientan esperanzas, sino patriotas que les brinden bienestar y realidades.

✓ ING. SANTIAGO MARIN VICUÑA.